

¿Qué queda de las teorías (literarias) cuando rige la ortodoxia?

Wilfrido H. Corral

Como parte de la nada agonizante fascinación en torno a qué conducirá este siglo, aparte de libros sobre los mejores libros, ensayos, cuentos, pensamientos, un larguísimo etcétera, se está dando en Estados Unidos una acumulación igualmente activa de recusaciones, mea culpas y revisiones sobre la crítica y las teorías literarias. Ahora que no se aceptan límites, no se examina a aquellas como entidades distinguibles sino como un monolito conceptual. Sin duda, el factor mercantil promulga tal condición en un país donde se publican textos críticos semanalmente. A juzgar por las discusiones de estos últimos meses, en ningún campo se establecen tantas diferencias como en la denominada «crítica literaria». Precisamente debido a la celeridad por publicar la antología o compilación teórica «definitiva» se escapan consideraciones muy reveladoras. Por muchos años una colección casi estándar en Estados Unidos –aparte de interminables manuales y diccionarios de los que queda sólo su espíritu reiterativo y derivativo– ha sido *Critical theory since Plato* (1971), sobresaliente trabajo de Hazard Adams cuya edición revisada es de 1992. Los prefacios de Adams son agudos, sobre todo si se toma en cuenta que, debido a la actual imprecisión del campo, estamos en una época de teoría «de pared a pared», según Edward Said, uno de los imprescindibles del aluvión de crítica de los últimos treinta años. Pero Adams prestaba mucha atención a los clásicos del género, elección que como la sensatez y hasta el buen gusto, es un criterio maldito en estos días en que se cree que las interpretaciones pueden ser acumuladas como conocimiento de la literatura.

La condición anterior no sólo ha hecho que se crea que la crítica literaria (hoy calificada de «convencional») se ha embarcado en una especie de *Titanic* y se la desdeñe, sino que las olas de producción y polémicas críticas de los últimos años dificulten decidir lo que debe perdurar, por lo menos según a su valor real más que a la moda de la semana en que se publique. La extensa y sin duda muy elaborada (xxxviii + 2624 pp.) *The Norton anthology of theory and criticism* (Nueva York, W.W. Norton, 2001), compilada por Vicent B. Leitch con la asesoría de otros cinco académicos, es un resultado de esas querellas, que ya no son entre antiguos y

modernos. Ésta no es otra antología más, y podría convertirse en la compilación canónica sobre el campo. La editorial que la encomendó publica tomos similares sobre literatura inglesa y estadounidense. Son antologías que, casi sin excepción, todo alumno de licenciatura emplea, algo así como los tomos de Lagarde y Michard para la literatura francesa. Por ende, la polémica que ha suscitado su publicación, y aunque el daño esté hecho para los que leen crítica exclusivamente en inglés, vale precisar lo que queda para el público culto.

Trabajo enorme, que cronológicamente comienza antes de Platón con el sofista Gorgias y llega hasta Stuart Moulthrop, nacido en 1957, *The Norton anthology of theory and criticism* en verdad trata de imponer un «¿quién es quién?» de acuerdo al estado actual y juegos de poder de la crítica. No se propone determinar o establecer qué autores u obras mundiales han tenido verdadera vigencia en Estados Unidos, y no le importa qué se cree o se ha escrito en Europa o América Latina, para quedarnos en Occidente. Aun así, ¿cómo explicar la ausencia de René Wellek y muchos otros? Permítaseme por lo menos explicitar esa omisión. La razón principal y obvia es que Wellek, a pesar de su gran influencia desde que publicó *Teoría de la literatura* con Austin Warren, fue un «contra», en el sentido de que ya a finales de los setenta criticaba de manera amplia y convincente el giro que tomaba el campo que, si no lo fundó, estableció con rigor. La condición teórico-crítica estadounidense se mantiene en vilo porque sus practicantes académicos han convertido sus enfoques en una economía del conocimiento y en ortodoxia. En la práctica esas compulsiones se traducen en actitudes agresivas y defensivas totalmente contrarias a la secular función y razón de ser de la práctica. La apertura a otras disciplinas y a otras culturas –aun cuando se cuestione el relativismo respecto a la igualdad de las últimas después del 11 de septiembre del 2001– es el estandarte de las nuevas teorías. Es una apertura razonable, pero no el exceso y revanchismo presentista impuestos por sus proponentes. La mayoría de éstos quiere imponer a Foucault y compañía sin entender el estructuralismo, y a la vez sin tener idea de Saussure (desde adentro) y la plantilla conceptual que ofrece a la escuela de Praga, la estilística ginebrina, la psicolingüística, e incluso Chomsky. Hoy existe por lo menos una generación crítica que no producirá, para dar ejemplos hispánicos, un Marcelino Menéndez Pelayo o un Alfonso Reyes¹. Sin embargo, como nuestro más adelante, no es insignifi-

¹ El giro fue decisivamente francés (véase *Théorie d'ensemble* [1968]), aunque el clásico y vigente manual de Wellek y Warren fue traducido primero al español. Seuil lo publicó sólo cuando su serie teórica estaba establecida, implicación no desatendida por Antoine Compagnon en

cante el número de críticos que ha demostrado que los gritos teóricos novedosos en verdad se dieron hace siglos, y que los mejores teóricos siempre recurrieron a otros campos, con una seriedad de propósito que simplemente no existe hoy.

Distanciarse o poner en perspectiva a la crítica y teoría tendenciosas no implica el deseo de volver a una «tradición» o, peor, regresar nostálgicamente a un pasado que, bien sabemos, no fue mejor que nuestro presente. Tampoco se trata de atacar a nadie o de ser exclusivista respecto a ninguna escuela, raza o movimiento, porque, por ejemplo, necesitamos el enfoque marxista sensato y bien escrito para eliminar la complacencia de creer que nuestros opios intelectuales curan todo y que todo anda bien en el mundo. Nadie cree o debe creer hoy que la literatura no surge de otros contextos, o que la teoría no ayuda a interpretar. Sin embargo, a lo que sí cabe oponerse es al entrenamiento e indoctrinación académicos que desdeñan cualquier análisis de textos primarios, porque es en las universidades donde se crían cuervos teóricos para que saquen ojos literarios.

Paralelamente, hay que desvelar la evidente politización del trabajo crítico cuando una colección como *The Norton anthology of theory and criticism* revela una preferencia por ideologías coercitivas. No se trata de rescatar lo que queda de la literatura, porque ésta seguirá prosperando, sino de devolverle cierta dignidad y centralidad a lo literario, a los textos primarios. Leitch y sus colaboradores nunca admiten las virtudes de sus «oponentes», ni les interesa dialogar con ellos más allá de una u otra mención a pie de página. Tal actitud no le hace bien a nadie, porque luchar contra las ideologías es un arma de doble filo. Por otro lado, el futuro de los estudios literarios no depende de si la ambición postmodernista en que se permite y vale todo producirá lecturas más «interesantes» que quieran fijarse en lo históricamente literario o estético. Por eso, cuando Leitch y compañía (empleo el término a propósito) excluyen, entre varios más, a Auerbach, George Eliot, Goethe, Macaulay, I. A. Richards, Rousseau, Rorty; e incluyen a Homi K. Bhabha, Hélène Cixous, Frantz Fanon, Stuart Hall y Eve Kosofsky Sedgwick no sorprende ceer que el inmenso tomo (148 autores) contiene muy poca interpretación en sí. La discusión respecto a quién está y quién no está podría ser interminable, y el problema yace naturalmente en lo que se entiende por teoría, especialmente cuando casi la mitad del tomo está dedicada al siglo veinte.

Que reste-t-il de nos amours?, *Le démon de la théorie* (Paris, Seuil, 1998), 2-26; como en su «*L'exception française*» en *Où en est la théorie littéraire?*, ed. Julia Kristeva y Evelyne Grossman (Paris, Université Paris 7, 2000), 41-52. *El Cours de linguistique générale* (1916) de Saussure tiene versiones en español de 1945 y 1980, y en inglés de 1959 y 1983.

Si es verdad que la primera mitad del siglo veinte está bien representada respecto a la crítica anglosajona conocida fuera de ese ámbito (Edmund Wilson, Jakobson, Frye, Raymond Williams, Harold Bloom, Jameson, Eagleton), y que no se deja atrás a la crítica europea (Saussure, Woolf, Eliot, Lukács, Heidegger, Gramsci, Benjamin, Bajtín, Lacan, Sartre, Lévi-Strauss, Barthes, Althusser, Foucault, Bourdieu, Derrida, etc.), son las selecciones para la segunda mitad del siglo pasado que dejan mucho que desear respecto a qué es la teoría, ya que se ha abandonado toda noción de lo que podrían o deberían ser los textos que interpretan la literatura. Aunque el juego de la Norton incluye criticar a todos los textos de los que depende, un resultado real de su proceder es que se desvaloriza todo lo que tenga una función, misión o uso pedagógico. Tanto los compiladores de la Norton como los post-teóricos que la endiosarán se olvidan de que cuando se discute una teoría en relación a otra frecuentemente la ubicamos en un marco conceptual en el cual el empleo de cualquier término depende del uso de todos los otros. El *modus operandi* y válvula de escape de la «alta» teoría de los últimos treinta años ha sido contrario. Una teoría que necesita manipular o tergiversar los hechos para funcionar siempre será floja. La Norton es sin duda la compilación más global jamás publicada, pero al privilegiar la inexactitud de los estudios culturales estadounidenses muestra grandes brechas respecto al siglo veinte. Como arguye una reciente reseña en el *Times Literary Supplement* londinense, el resultado es «una clara narración cuestionable del desarrollo y diseminación global de una definición limitada de la teoría».

Revistas como *Cuadernos Hispanoamericanos* han ayudado, si no a recuperar, a poner en perspectiva la contribución de ensayistas como William Hazlitt y Randall Jarrell. Ellos y otros no fueron académicos, o enaltecidos regularmente por la academia anglosajona, y por ende no cupieron en la Norton. Por la misma razón, toda pretensión de los críticos que practican la teoría o se consideran teóricos y escriben en español, es puesta en jaque mate por la ausencia de ellos en la Norton. Tampoco se hallarán críticos latinos que escriben en inglés. La Norton confirma la sospecha de que, aún en el mejor de los casos, es rarísimo el «teórico» latino que aparece como supernumerario de un libro o programa crítico. Por eso sorprende que al lado del cordobés Maimónides se encuentre a una tal Gloria Anzaldúa, totalmente desconocida fuera de Estados Unidos, y no sólo por no escribir en español o inglés sino en *spanGLISH* sobre la nueva mestiza [sic], cuando alguien como Claudio Guillén, cuya obra es conocida en varios idiomas y se legitimó primero en inglés, brilla por su ausencia. La razón es obvia: sólo el latino que escribe en inglés hoy, y sólo sobre los